

ESCENA XV.

Doña Isabel é Inés con mantos , y don Luis y doña Ana al paño.

Inés.

Todo está solo.

Doña Isabel.

Entra, Inés,
y pregunta por don Diego;
que ya que fue su amor ciego
causa de mis riesgos, es
empeño suyo ampararme,
y mio el no desear
otro amparo en mi pesar,
cuando por él llegó á hallarme
perdida.

Inés.

Bien se ordenó
el que estos mantos nos diese
mi amiga, sin que supiese
la causa que me obligó
á pedirlos: ya no es tanto
mi miedo, que una muger
no conoce á quien temer,
si se vé detras de un manto.

ESCENA XVI.

Dichas y don Cosme.

Don Cosme.

Cansado vengo y rendido.

Inés.

¡ Ay Dios! que es tu hermano.

Doña Isabel.

¿ Quién ?

Inés.

El es.

Doña Isabel.

Pues cúbrete bien.

¿A quién esto ha sucedido?

Don Cosme.

Buscando la escala, hallé
la puerta de mi doña Ana
abierta, y tuve mas gana
de entrarme aquí por mi pie,
que por los pasos agenos
de una escala majadera,
que por lo menos me hiciera
una cabeza de menos.

Don Luis.

¿Tapadas aquí? ¿qué es esto?
¿y don Cosme?

Doña Ana.

¿Hay mas extraño
suceso!

Don Luis.

Parece engaño
del sentido.

Don Cosme.

Yo protesto
ser cortés en la ocasion.

Abro, pues? pero aquí están
dos tapadas; ¿quién serán?
¿mas que pregunto? ellas son.
Doña Ana es sin duda alguna,
que impaciente de aguardar,
me quería ir á buscar:

yo tengo gentil fortuna; ay Dios!

¡Oh qué bien he discurrido!

Juego mi ingenio lo errara;

vive Dios, que es cosa rara
lo que tengo de entendido.

Lleguemos, pues. Yo quisiera.....

Doña Isabel.

¿Hay mas infeliz muger?

Don Cosme.

Como dijo el otro, ver
toda la carilla entera.

ESCENA XVII.

Dichos, don Diego y Martin.

Don Diego.

Como tardaste en salir,
hice la escala pedazos,
y volviendo hacia la puerta,
ví dos mugeres que entraron
en mi casa, aguardé un poco
que pasase mas abajo
un hombre, que por la calle
venia, y acá se ha entrado
tambien. ¿Qué puede ser esto?

Martin.

Yo los encontré, bajando
al zaguan, mas no me vieron.

Don Diego.

Aguarda, que, ó yo me engaño,
ó es don Cosme.

Martin.

El es, y está
con dos damas porfiando.

Don Diego.

Y ellas se recatan de él;
escucha un poco.

Doña Ana.

 Mi hermano
entró ya : ¡ válgame Dios !
si se quitasen del paso ,
para que salga don Luis.

Don Luis.

Don Diego entró ; bien me ha estado
que con los dos se detenga.

Don Diego.

Yo me resuelvo á apurarlo.

Don Cosme.

Dale que ha de estar tapada :
pero quien ¿ Don Diego ? andallo , *ap.*
aquí se ha de undir el mundo.

Doña Isabel.

¡ Hay mas raros sobresaltos !

Don Diego.

¿ Don Cosme , qué es esto ? ¿ vos
entrais de esa suerte ?

Don Cosme.

 Paso ,
no me preguntéis , don Diego ,
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto á amparar
á vuestra hermana : apartaos ,
doña Ana , hácia mis espaldas ,
por si hubiere chincharrazos. (1)

Don Diego.

Mi hermana.... ¿ pero qué miro ? *ap.*
Doña Isabel es , que el manto
levantó para avisarme.
¡ Hay empeño mas extraño !

(1) *Empuña la espada , y pónese detras doña Isabel , y se descubre á don Diego.*

Don Cosme.

Vive Dios, que me ha temido ;
¿ si es gallina ? ¿ quereis algo
para ello ? ¿ qué decís ?

Martin.

Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.

Don Luis.

Absorto estoy de escucharlo.

Don Cosme.

Si estais de paz, acabemos,
que me cansa lo empuñado.

Don Diego.

No sé qué hacer, pues no es bien
sufrir, que ni aun engañado
piense que me ofende ; á todo
he de ocurrir.

ap.

Don Cosme.

Buen cuñado,
por cierto.

Don Diego.

Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta dama, que tapada
de vos se está recatando
ni es mi hermana, ni yo puedo
dejar, aquí de estorbaros
con mi acero el conocerla,
si os resolveis á intentarlo.

(1)

Don Cosme.

Patarata, patarata ;
de risa estoy rebentando.

Así es la corte : que no es

ap.

(1) *Empuña, y pónese delante de doña Isabel.*

su hermana dice el cuitado,
 y es eso no querer darse
 por entendido del caso;
 mas no le valdrá Don Diego,
 no hay cosa como hablar claro:
 vuestra hermana, que decís
 que no es la que está escuchando,
 era mi muger in mente,
 y para hablarla del caso,
 hice poner una escala
 á ese balcon.

Don Luis.

¡Qué he escuchado!
 ¿De este necio era la escala?
 ¡Ah traidora!

Doña Ana.

Bien quedamos
 de esta vez, vanidad mia.

Don Diego.

Atándome está las manos ap*
 su hermana, para que aquí
 no le deje castigado
 de este atrevimiento.

Don Cosme.

Y, como
 digo de mi cuento, hallando
 la puerta de par en par,
 por ella de entrar acabo.
 Mas soy tan pundonoroso,
 y el veros tan reportado
 me ha desquejado de suerte,
 que ya se me va quitando
 la gana de ser su esposo;
 y por Jesucristo santo,

que por no tener muger (1)

civil de parte de hermano ,
 si no me matais primero ,
 no he de ser vuestro cuñado.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Cosme.

Don Diego.

Esperad.

Doña Isabel.

Tened , don Diego :

¿ quereis perderme ?

Don Diego.

¿ Hay mas raro
 disgusto ! ¿ Doña Isabel ,
 pues vos , qué es esto ? ¿ en mi cuarto
 de esta suerte , y á esta hora ?

Doña Isabel.

Ya , don Diego , me ha engañado
 mi fortuna , en que mi honor
 solicite vuestro amparo ,
 cuando padece por vos
 estos riesgos.

Don Diego.

¿ Yo he causado
 vuestros riesgos ?

Doña Isabel.

Si , que luego
 que os fuisteis , y yo á mi cuarto
 asustada , como visteis ,
 me quise volver , mi hermano
 salió de adentro , la espada
 desnuda , el color turbado ,
 y las voces descompuestas ,
 y fué fuerza retirarnos

Inés y yo hasta el zaguan, desde donde nos hallamos empeñadas en salir huyendo á la calle; y cuando me ví sin otro recurso, pidiendo Inés estos mantos á una amiga suya, vine á deciros el estado en que vuestro amor me ha puesto; y apenas habia llegado, cuando pasó lo que aquí habeis visto.

Don Luis.

El mismo caso me ha de sacar del empeño.

Don Diego.

No teneis que congojaros ni rendiros, pues yo estoy, bella Isabel, empeñado en defender vuestra vida; y así, señora, entre tanto, que se median estas cosas, podeis estar en el cuarto de mi hermana.

Doña Ana.

Solo ahora me faltaba, sobre tantos, este pesar.

Doña Isabel.

Yo don Diego, lo primero que os encargo, es, que no me vea doña Ana.

Don Diego.

¿Pues por qué?

Doña Isabel.

No es este caso
para que nadie lo sepa.
Don Diego.
¿Pues mi hermana debe daros ?.....

Doña Isabel.
Por ningun caso, don Diego.

Don Diego.
Bien está.

Doña Isabel.
No fuera malo
dar venganza á mi enemiga. *ap.*

Don Diego.
Si fuera algo mas temprano,
os pusiera en un convento,
donde estareis entre tanto,
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo;
mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su cuarto
á don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trayéndole á él conmigo,
porque estéis con el recato,
que se debe á vuestro honor.

Doña Isabel.
Mi honor solo está en mi mano;
vuestra me hizo la fortuna,
y en lo demas, en juzgando
vos que es decente, no tengo
que reparar, mas reparo
en que no sepa quien soy
vuestro amigo.

Don Diego.

Eso dejadlo

á la atención del mi amor.

Aun que el ser de este menguado

la escala, y lo que yo fio

de la atención y el recato

de mi hermana. Mas despues

apuraré todo el caso,

que esto es ya lo mas preciso.

Vamos, pues, señora.

Doña Isabel.

Vamos.

Don Diego.

Ven, Martín.

ESCENA XIX.

Martin.

Famosamente

se ha dispuesto, que mi amo

salga del riesgo en que está,

y de camino ha apurado

sus zelos. Mi tema es,

que un bobo basta á embobarnos

a todos, que á mí tambien

con Juana zelos me ha dado;

y yo soy tan para poco

que un soliloquio no acabo.

ESCENA XX.

Don Luis y doña Ana.

Don Luis.

Irme sin verla quisiera.

Doña Ana.
 ¿Don Luis, dónde vais? Yo salgo.
 corrida.

ap.

Don Luis.
 Doña Ana, á Dios.

Doña Ana.
 Oid.

Don Luis.
 Mucho desenfado,
 ó mucho valor teneis;
 pues vuestro respeto ajando,
 quereis oir el language
 de un hombre desengañado.

Doña Ana.
 ¡Ah pese á mi sufrimiento!
 pues soy tan necia, que á hablaros
 de veras me mortifico
 en la accion de un mentecato.

Don Luis.
 Yo me hólgara de ser fácil
 de creer, para aventuraros
 con lo dócil del oido,
 los adornos del engaño:
 mas no estoy..

Doña Ana.
 Ea, callad,
 que temo mucho acordaros
 cuan necio estais, y correrme
 en habiéndoslo acordado.
 La osadfa de este loco
 remediará...

Don Luis.
 ¿Quién?

Doña Ana.
 Mi hermano

que la ha sabido ; ó yo sola ,
que para el remedio basto.

Don Luis.

¿Remedio ? ¿ y decid , con eso
queda cabal vuestro garbo ,
si es propiedad del remedio
el llegar despues del daño ?

Doña Ana.

¿ De suerte que yo sabria
lo que este necio ha intentado ?

Don Luis.

Dejadme , no me obligueis
á responder.

Doña Ana.

¿ Y esperando
á este necio , os llamaría ,
para qué , para ocultaros
mi delito ?

Don Luis.

¿ Y ese necio
tendria esos desacatos ,
si antes no le ocasionára
la infamia de vuestro agrado ?

Doña Ana.

Advertid que hablais conmigo.

Don Luis.

¿ Advertido y desairado
me quereis ? Quedad con Dios.

Doña Isabel.

Mirad , que estoy violentando
mi decoro en deteneros.

Don Luis.

¿ Y qué haré yo en escucharos ?

Doña Ana.

Por mí ha de volver el tiempo ;

vos vereis que todo es falso.

Don Luis.

¿El tiempo? bueno: ¿y mis zelos
quereis que estén tan despacio?

Doña Ana.

Aun bien que está vuestra dama
esta noche en vuestro cuarto.

Don Luis.

¿Despropósitos ahora
que las disculpas faltaron?
Ea, dejádmelo.

Doña Ana.

¿Qué os deje?

bien está, ya os dejo, y tanto,
que no habeis de verme mas.

Don Luis.

¿Yo veros? partame un rayo
si lo intentare.

Doña Ana.

Y á mí

si en eso os fuere á la mano.

Don Luis.

¿Jurais?

Doña Ana.

¿No jurasteis vos
primero?

Don Luis.

Mucho intentamos,
corazon.

ap.

Doña Ana.

Amor, muy presto
os habeis determinado.

ap.

Don Luis.

¿Yo verla?

Doña Ana.

¿Yo detenerle?

¿Oís? Mirad.

Don Luis.

¿Teneis algo

que mandarme?

Doña Ana.

Nada: solo,

que advirtais que habeis jurado,

Don Luis.

Bien está; á Dios: ¿pero oís?

Doña Ana.

¿Qué quereis?

Don Luis.

Si os he llamado,

solo queria deciros,

que no sé jurar en vano.

Doña Ana.

¿Esto es amor? yo voy muerta! *ap.*

Don Luis.

¿Esto es querer? ¿voy rabiando! *ap.*

Doña Ana.

¿Dónde estais, mis altiveces, *ap.*

que asi os dejais mis agravios?

Don Luis.

¿Dónde estais, mis desahogos, *ap.*

que en veras habeis parado?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Cosme y Juancho.

Juancho.

Esto es cierto.

Don Cosme.

¿Qué eso pasa?

Juancho.

Un vecino que lo vió,
me lo dijo á mi.

Don Cosme.

¿Qué entró

don Diego anoche en mi casa?

Juancho.

Si señor, don Diego ha sido
sin duda, y él diz que ahora
tiene oculta á mi señora.

Don Cosme.

¿A mi hermana se ha atrevido
don Diego?

Juancho.

Es gran desafuero.

Don Cosme.

¿Don Diego?

Juancho.

Don Diego pues.

Don Cosme.

Mucho me espanto, porque es

bonísimo caballero.

Juancho.

Yo no llegára á decillo,
sino estuviera informado.

Don Cosme.

¿Heme puesto colorado?

Juancho.

No lo veo.

Don Cosme.

¿Ni amarillo?

Juancho.

No señor.

Don Cosme.

Es gran mentira:
¿ni pálido?

Juancho.

No lo toco.

Don Cosme.

¿Ni verdinegro?

Juancho.

Tampoco.

Don Cosme.

¿Pues en qué entiende la ira?

¿qué es posible que no echo
llamas por los ojos?

Juancho.

Muda

es tu cólera.

Don Cosme.

Sin duda

tiene que hacer en el pecho:

quiero pues soplar su fuego.

¿Qué es posible que así fué?

¿Don Diego á mi hermana? á fe
que me ha cansado don Diego.

Juancho.
 ¿Cansado? poco te amarga,
 pues hablas con tal descanso.

Don Cosme.

¿Majadero, si me canso,
 no me echaré con la carga?
 ¿Pareceos que no darán
 la muerte á don Diego? Luego
 haced doblar por don Diego
 al primero sacristan,
 y por cuantos Diegos dora
 el sol desde polo á polo;
 porque por aqueste sólo,
 piensan la hora de ahora,
 sin dudas ni pareceres,
 matar mis enojos fieros
 más de cuatro mil don Diegos,
 sin los niños y mugeres.

Juancho.

Eso sí es lo que conviene.

Don Cosme.

¿Heme demudado ya?
 ¿mas que un color se me va,
 tras otro que se me viene?
 Tú eres vizcaino honrado
 y tienes el juicio presto;
 pues hagóte para esto
 de mi consejo de estado.
 Haz cuenta que viene allí
 don Diego y yo me mesuro;
 él disimula perjurto,
 yo se lo entiendo entre mí:
 luego en ademan valiente,
 mírole con rostro fiero,
 él me quita á mi el sombrero,

y yo le digo, que miente.

Juancho.
 ¡Jesus, y qué arrojamiento!

Don Cosme.

¿Pues habrá mas de dejallo? *M*
 Eso tengo yo, que callo,
 en viendo que no contento.

Va por acá, su venida
 advierto, saco el acero,
 y dígole, caballero,
 venga mi hermana ó la vida.

Juancho.
 ¿Eso habias de decir?

Don Cosme.
 ¿Pues darle?

Juancho.
 Es mala accion.

Don Cosme.
 ¿Qué revesados que son
 los principios del reñir!

Juancho.
 ¿Eso un caballero ignora?

has de llegar muy compuesto
 y has decirle, en tal puesto,
 cuerpo á cuerpo, y á tal hora.

Don Cosme.
 Déjalo: ¡qué necia tema!

¿Compuesto y airado?

¿y si me diese algun mal
 la cólera con la flema?

Pero ya que ello ha de ser,
 paciencia, y matarle luego.

Aguarda aquí mientras llego
 á aquella botica á hacer
 un papel de desafio.

que lo lleves.

Juancho.

¿No es mejor
decírselo tú, señor?

Don Cosme.

No, que si me habla contrito,
me moverá hoy á piedad;
y en fin, yo soy en verdad
mas airado por escrito.

Juancho.

Vaya; pero no quisiera
que al tomar ese papel,
alguna libertad él
airado me respondiera,
y me matára al sereno.

Don Cosme.

Bien, ¿y queríades vos
uno, y para mí otro Dios?
Vení acá; ¿y seria muy bueno,
que al llegar yo á señalarle
la campaña muy mohino,
me dijera un desatino,
que me obligára à matarle?
Noramala, hacedlo así,
rompeos y desasnaos;
y si os matáre, dejáos
matar, que yo estoy aquí.

ESCENA II.

Juancho.

Yo sirvo á un entendimiento
de gran fondo: cosa rara
y digna, cierto, de envidia,

es el consuelo que gastan
 los bobos en este mundo,
 y aquella gran confianza
 de que imaginan que son
 sentencias las patochadas.

ESCENA III.

Juancho y Juana con manto y un papel.

Juana.

Dos horas ha que perdida,
 con un papel de mi ama,
 ando buscando á don Luis;
 pero Juancho es este; vaya
 mientras hago otro papel,
 el tal papel á la manga,
 que esto que vale dineros
 es primero. ¿Juancho?

Juancho.

Juana.
 bien venida.

Juana.

¿Dónde está
 tu amo?

Juancho.

Por hai anda
 como ánima en pena. ¿Y bien,
 qué hay de nuevo?

Juana.

Que mi casa
 está llena de temores;
 que don Diego trae la cara
 rostrituerta, y desde anoche
 no ha entrado á ver á su hermana;
 que ella pierde el juicio, viendo

(1) que se puso aquella escala
sin su orden, y que yo
niego tan disimulada,
que casi yo misma creo
mi mentira.

Juancho.

Esa es la gracia,
que quien bien miente, bien siente.

Juana.

No sino mentir sin alma.
Pero allí he visto á don Luis *ap.*
por aquella encrucijada
muy de prisa: quiero darle
este papel de mi ama.
A Dios.

Juancho.

¿Dónde vas?

Juana.

Ya vuelvo:

Juancho.

Espérate, no te vayas,
que al punto vendrá mi amo.

Juana.

No puedo esperar.

Juancho.

Aguarda,
que no te has de ir.

Juana.

Bueno es eso:
vaya el bribon noramala.

Juancho.

¿No me escucharás? (1)

Juana.

No niega (1)
 el vizcaino su patria,
 muy ladino de porfias,
 y muy corto de palabras? *vase.*

Juancho.

¡Hay tal pólvora! no sé
 qué ha visto, que con tal ansia
 camina: pero un papel *alzale.*
 se le cayó; de su ama
 es sin duda, y es sin duda
 para el mio, pues llegaba
 á preguntarme por él;
 yo he dado con linda maula:
 dichoso he sido, perdió
 las albricias la cuitada.

ESCENA IV.

*Juancho y don Cosme con un papel.**Don Cosme.*

En este papel le reto
 de salteador, hurta hermanas,
 para que salga, si es hombre,
 y si no, mas que no salga,
 que él está escrito en Botica,
 y para matarle basta.
 Juanchillo, aquí está el papel
 del tal desafio.

Juancho.

Aguarda;
 ¿qué me albriciaras si yo
 te doy?..... Mas no digo nada.

(1) *Deja caer el papel.*

Don Cosme.

¿Qué me has de dar? dilo presto.

Juancho.

¿Qué me has de dar? dilo, acaba.

Don Cosme.

Conforme fuere.

Juancho.

Un papel.

Don Cosme.

¿Va un cuarto que es de doña Ana?

Juancho.

Poco apuestas para dar mucho.

Don Cosme.

Tomá esas patacas (1)

¿Qué feliz soy!

Juancho.

Vésle aquí.

Don Cosme.

¿Dónde le hubiste?

Juancho.

En Juana.

Don Cosme.

Déjame, que antes de leerle, con los labios.... Pero aguarda, que viene don Luis; ahora te he de hacer segunda paga del papel.

Juancho.

¿Cómo?

Don Cosme.

Eres bobo; escucha un poco y sabrásla.

(1) Dale un bolsillo, y toma el papel.

ESCENA V.

Dichos, don Luis y Martin.

Don Luis.

No puedo hallar á don Diego.

Martin.

El nos citó á nuestra casa
anoche para llevar

á Isabel, y esta mañana
me dijeron en la suya
que madrugó.

Don Luis.

El intentaba

(1) llevarme consigo anoche,
mas yo fui á una posada,
por no embarazarle, y pienso;
que por huir de Doña Ana.

Don Cosme.

Seais, don Luis, bien venido.

Don Luis.

¡Don Cosme! No me faltaba
otro azar sobre mis penas.

Don Cosme.

Don Luis amigo, palabras.

Don Luis.

Decid.

Don Cosme.

Yo estoy agraviado

por mis pecados; la causa
yo me la sé: quien me ofende
es don Diego, y una hermana;
que Dios me dió para él,
pues el solo en ella manda:

en este papel le digo (1)

con toda amistad, que salga
 á reñir conmigo; y vos,
 pues sois amigo de entrambas
 partes, le habeis de dar
 el tal papel en sus barbas.

Don Luis.

Don Cosme (¡hay tal majadero!) *ap.*
 ya que me dais tan estraña
 comision, yo llevaré *toma el papel.*
 el papel; mas cuando salga
 don Diego á reñir con vos,
 saldré yo á su lado.

Don Cosme.

¿Es chanza?
 ¿dos contra uno?

Don Luis.

Sacad
 otro padrino á campaña.

Don Cosme.

Yo buscaré algun valiente
 de cólera agena y brava;
 con esto, quedad con Dios,
 y veámonos mañana,
 si vivimos. Ven, Juanchillo,
 que ya te di la otra paga
 del papel, con escusarte
 la vuelta que recelabas.

ESCENA VI.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

¡Hay mas raro mentecato!

Martin.

Bien notable es su ignorancia;



pero mas sabe que tú,
pues te ha soplado la dama.

Don Luis.

Déjalo, no me lo acuerdes,
que el caso de aquella escala
me tiene muerto.

Martin.

Y á mí
el no haber hallado á Juana,
para que entre ambos se acabe
el soliloquio de marras.

ESCENA VII.

Dichos y don Diego.

Don Diego.

¿Don Luis amigo?

Don Luis.

¿Don Diego?

Don Diego.

Rato ha que esperando estaba
á que os dejase ese necio.

¿Qué os queria? ¿qué os hablaba?
que me tiene cuidadoso

el suceso de su hermana,
y ya tengo prevenida
la licencia para entrarla
en un convento, entre tanto,
que estos disgustos se acaban.

Don Luis.

Un famoso cuento os tengo:
habeis de saber que trata
de reñir con vos.

Don Diego.

¿Pues sabe,

que está oculta por mi causa
doña Isabel?

Don Luis.

No lo sé;

pero aquí de darme acaba
un papel de desafío
para vos, y tendrá estraña
nota; riamos un poco
antes de reñir.

Don Diego.

Yo estaba
con ánimo de buscarle,
porque se atrevió á mi casa
anoche, y lo he dilatado
hasta poner á su hermana
en el convento. *Don Luis,*
dadme el papel. (i)

Martin.

Ya le aguardan
á la puerta tres ó cuatro
millones de carcajadas.

Don Diego.

Dejadme leer primero,
porque no se pierda nada
leyendo mal. Mas qué miro! *ap.*
¿esta letra (¿estoy sin alma!)
no es de mi hermana?

Don Luis.

Martin,

llégate acá. ¿No reparas
cuál se ha puesto don Diego
leyendo el papel?

(1) *Dáde don Luis el papel.*

Martin.

La cara

se le ha mudado á tres barrios desde que le abrió.

Don Luis.

Con rara

turbacion vuelve á mirarme de cuando en cuando.

Don Diego.

Turbada *ap.*

la atencion, mis propios ojos desmiente. ¡A don Luis mi hermana! vuelvo á leer, que no es posible.

Martin.

Ten, que otra vez le repasa.

Don Diego lee ap.

Señor don Luis, anoche (sino me acuerdo mal) hicisteis juramento simple de no volver á verme, y temiendo que habeis de quebrantarle, y salir con la frialdad de que no oiene á verme quien me busca ciego, me salgo esta tarde disfrazada á Leganitos, huyendo de vos; y os lo aviso para que sepais donde habeis de apartaros de mi. Dios os guarde. Así lleoad con vos á mi hermano pretesto que os asista desde lejos, para que yo esté segura de que no me ha de buscar en casa; y os prevengo esto por si acaso os dejais de ouestra mano.

¡Válgame el cielo! este golpe que mi suerte me guardaba, es de aquellos que se sienten en lo más vivo del alma.

¿Mi hermana á don Luis? ¿Don Luis, siendo mi amigo, á mi hermana?

El ha trocado el papel, y ha creido que me daba el de don Cosme. ¿Qué haré?

que aunque la razon me llama
 hácia el enojo, ella misma
 deteniéndome la espada,
 me dice, que en estos casos
 no remedia, sino daña
 la espada, porque el honor
 aun con la sangre se mancha.
 Lo que conviene es callar,
 hasta saber de mi hermana
 todo el fondo á mi desdicha.
 Quiero pues ir á buscarla,
 y á justificar mi queja,
 antes que de apresurada
 la eche á perder la razon,
 ó se yerre la venganza.
 Don Luis, á mi se me ofrece
 un negocio de importancia;
 quedaos con Dios.

Don Luis.

Bueno es eso;
 pues cuando á reñir os llama
 este necio, y yo le he dicho,
 que con otro al campo salga,
 porque he de salir con vos,
 ¿quereis que os deje?

Don Diego.

Ahora basta
 que os diga que no es pendencia
 en lo que el papel me habla,
 y que si llegare el caso
 de reñir, os doy palabra
 de avisaros.

Don Luis.

Yo no puedo
 dejaros.

Don Diego.
Ni yo os dejara
si pudiera.

Don Luis.
A cualquier parte
os he de seguir.

Don Diego.
Es vana
porfia.

Don Luis.
Soy vuestro amigo.

Don Diego.
Yo os lo dire cuando salga
de una duda, que se ha puesto
á culpar mi confianza. *Vase.*

Don Luis.
¿Qué es esto?

Martin.
Yo no lo entiendo;
parece que va de mala.

Don Luis.
¿Qué le habrá escrito don Cosme,
que le ha irritado?

Martin.
Es muy agria
la nota de un majadero
que desafia.

Don Luis.
A la larga
le he de seguir; pero allí
viene don Cosme.

Martin.
Y te llama
con la mano y con la ceda
muy de prisa.

ESCENA VIII.

*Dicho y don Cosme.**Don Cosme.*

No era nada
el yerro. ¿Don Luis amigo?

Don Luis.

¿Qué traeis?

Don Cosme.

Vengo sin alma:
en diamantes (¡bravo chiste!)
creyendo, don Luis, que os daba
el papel de desafío,
os di el papel de una dama
que recibí al mismo tiempo;
y fuera cosa estremada
darle un papel de requiebros
por otro de cuchilladas.
Veis aquí el papel, troquemos.

Don Luis.

A buen tiempo recordabais:
ya tiene el papel don Diego.

Don Cosme.

¿Qué decís? ¡hay tal desgracia!

Don Luis.

¿Pues qué ha sido?

Don Cosme.

¡Jesucristo!

Don Luis.

Tened.

Don Cosme.

Cayose la casa.

Don Luis.

¿Qué es esto?

Don Cosme.

¿Qué ha de ser?
que es el papel de su hermana.

Don Luis.

¿Qué decís?

Don Cosme.

Abí está el punto.

Don Luis.

Su hermana..

Don Cosme.

Como unas natas.

Don Luis.

¿Os escribe á vos?

Don Cosme

Mirad.

Don Luis.

¿Su hermana?

Don Cosme

No, sino el alba.

Don Luis.

¡Hay mas raro desencuño! *ap.*

Don Cosme.

Dejadme, don Luis, que vaya
á remediar que don Diego
no la dé algunas patadas,
y quiera luego casarme
con muger aporreada.

ESCENA IX.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

¿Qué es esto, Martin?

Martin.

¡Muy buenos
quedamos!

Don Luis.

¡Estoy sin alma!
verdad es cuanto me ha dicho,
y sin duda es de doña Ana
el papel, porque el turbarse
don Diego, el callar la causa
de su turbacion, el irse,
y el dejarme aquí con tanta
resolucion, son indicios
¿mas qué digo? ¿indicios? claras
evidencias de que escribe
y favorece esta ingrata
á don Cosme. ¿Quién creyera
en una muger tan vana,
tan hermosa y tan atenta,
tan mala eleccion?

Martin.

¿Tan mala
te parece? ¿Ella no busca
marido? ¿pues dónde hallára
mejor marido? Mi madre
decia allá en mis infancias,
que el marido ha de ser bobo,
que no conozca las trampas
de su muger, y añadía;
que la ignorancia era mala,
porque no escusa pecados;
mas que en el hombre de casa;
porque no escusa pecados
era buena la ignorancia,

Don Luis.

Déjame, que estoy sin juicio,

y temo alguna desgracia ;
ven conmigo , buscaremos
á don Diego.

Martin.

¡Andallo , pavas !
que un Bobo hace ciento , y este
si le dejan , tiene traza
de embobar siete Castillas
con un poco de Vizcaya.

ESCENA X.

HABITACION DE DON LUIS.

Doña Isabel é Inés poniéndola el manto.

Doña Isabel.

Inés , dame aprisa el manto.

Inés.

¿Dónde vas ?

Doña Isabel.

Esto ha de ser.

Inés.

Mucho tienes que perder
para resolverte á tanto.

Doña Isabel.

Por tu vida , Inés , que dejes
esos consejos que das
fuera de tiempo , y jamas
al despechado aconsejes.
porque cuando la pasion
está obrando tan violenta ,
solo sirve de que sienta
la falta de la razon.
La ceguedad de don Diego

esta noche me obligó
 á dejar mi casa, y yo,
 como sabes, me hallé luego
 empeñada en acetar
 este cuarto en que ahora estoy,
 que es de don Luis, y hoy
 discurriendo en mi pesar,
 hallo que el estar aquí
 no conviene á mi decencia,
 pues no puede en la apariencia
 ser inculpable, y así
 puesto que tarda don Diego,
 á la casa de una amiga
 me quiero ir.

Inés.

Que te diga
 me permite, que si luego
 viene á buscarte...

Doña Isabel.

Tú irás
 á avisarle.

Inés.

¿Y entre tanto?

Doña Isabel.

¡Qué necesidad! Trae tu manto,
 y no me repliques mas.

Vase Inés.

Dentro don Cosme.

¿Puedo entrar?

Doña Isabel.

¡Valgame Dios!

mi hermano.

Tapase.

ESCENA XI.

*Dichas y don Cosme.**Don Cosme.*

Mas ya estoy dentro.

¿pero quién? ¿tan buen encuentro?

¿Sabeis, mi señora, vos

si podré á don Luis hablar?

¿Mas por qué cerrais el manto?

no os cubrais, que por Dios santo,
que soy hombre de fiar.

¿Otra vez os encubris?

Doña Isabel.

¡Muerta estoy!

*ap.**Don Cosme.*

¿No me entendéis?

basta, señora, que esteis

en el cuarto de don Luis,

para que os bese las manos

sin intencion: los extremos

dejad, porque estar podemos

los dos como dos hermanos.

Vos sois la primer hermosa

que la beldad recatais;

pero pues no os destapais,

no debeis de ser gran cosa.

Decidme si en casa está

el buen don Luis.

Doña Isabel.

¿Qué he de hacer?

ap.

si hablo me ha de conocer.

Don Cosme.

¿Sois sorda? aca bemos ya.

ESCENA XII.

Dichos é Inés con manto y se tapa.

Inés.

Ya , señora , el manto.....

Don Cosme.

¿ Quién ?

Inés.

¡ Válgame Dios ! peor es esto.

Doña Isabel.

¡ En gran peligro me ha puesto
mi fortuna!

Don Cosme.

¿ Acá también
se cubren ? Esta voz quiero
conocer..... ¿ Muger , quien eres ?
¿ huyes ? pues á donde fueres
pienso yo llegar primero.

Inés.

¡ Muerta soy ! *case.*

Don Cosme.

Veme aguardando.

Señora mia , esperad ,
que ya salgo , y perdonad ,
que no os quede acompañando. *case.*

Doña Isabel.

En gran riesgo está mi vida.

¡ Válgame Dios ! ¿ qué he de hacer ?
si él intenta conocer
la criada , soy perdida.
No sé qué medio elegir
contra un riesgo tan urgente.

ESCENA XIII.

Doña Isabel, doña Ana y Juana tapadas:

Doña Ana.

Bien se ha hecho.

Juana.

Lindamente

lo supiste prevenir.

Doña Ana.

Que salia le escribí
al campo, y que me buscase,
y que consigo llevase
á mi hermano, porque así
estén ambos ocupados
á un tiempo, y me den lugar
de venir aqui, y de hablar
á Isabel en mis cuidados;
que ántes que pase adelante
mi empeño, averiguar quiero
el fondo á este amor primero
de mi cauteloso amante.

Juana.

¡Si supiera que perdí *ap.*
el papel, y que no hallé
á don Luis! mas yo no sé
ser chismosa contra mí.

Doña Isabel.

Tan turbada estoy, que apenas *ap.*
lo que me sucede sé.

Doña Ana.

Aquí está, lleguemos, Juana.

¿ Hermosa doña Isabel? *llega.*

Doña Isabel.

¿ Quién? ¿ Doña Ana, vos aquí?

Doña Ana.

Admirada os hallareis
de verme.

Doña Isabel.

Mi muerte es cierta,
si él ha conocido á Inés.

ap.

Doña Ana.

Pues porque no esteis confusa.....

Doña Isabel.

¡ Válgame Dios ! ¿ qué he de hacer ?

ap.

Doña Ana.

Escusándoos rodeos.....

Doña Isabel.

¡ Hay mas sustos !

Doña Ana.

Atended :

aguarda , Juana , allá fuera ,
y ten cuidado.

Juana.

Si haré.

ESCENA XIV.

Dichas menos Juana.

Doña Ana.

Aunque os parezca liviana
diligencia la que veis ,
y en pechos como los nuestros
no es disculpa el querer bien.....
¿ Pero parece que estais
inquieta ?

Doña Isabel.

No os admireis ,
que es grande el riesgo en que estoy.

Doña Ana.

Si sentís que os llegue á ver
de esa suerte, con mi egemplo
vuestra accion dorar podeis.

Doña Isabel.

No es eso lo que me affige,
amiga.

Doña Ana.

¿Pues que teneis?

Doña Isabel.

El mayor riesgo que puede
la imaginacion temer.

Doña Ana.

¿Cielos, qué es esto?

Doña Isabel.

¡Ay de mí!

él sale, fuerza ha de ser
esconderme.

Doña Ana.

¿Dónde vais?

esperad.

Doña Isabel.

Pues sois muger,
y es fuerza que una desdicha
compadecida mireis,
ved el riesgo de mi vida;
y lo demas..... Pero haced
lo que os debéis.

Doña Ana.

Aguardad.

Doña Isabel.

No es posible.

Doña Ana.

¿No direis

qué he de hacer?

Doña Isabel.
El caso mismo
dirá lo que habeis de hacer.

ESCENA XV.

Doña Ana, Juana y don Cosme.

Don Cosme.

Vive Dios, que se encerró
el diablo de la muger
en el postrer aposento
de la casa, y que los pies
me duelen de andar á coces
con la puerta: ¿pero quién?
¿Doña Ana hermosa, tú eres?
que la quise conocer.

Doña Ana.

¿Qué es esto? todo se ha errado.
¡Turbada estoy!

ap.

Don Cosme.

¿Para qué
te tapabas? ¿pero tú
en esta casa?

Doña Ana.

¿Qué haré?
sin duda encontró á su hermana
tapada.

ap.

Don Cosme.

¿No fuera bien
responderme?

Doña Ana.

Y ahora piensa,
que soy yo la que callé.

ap.

Don Cosme.

¿Has tenido algun pesar

con tu hermano, por aquel billete que me escribiste?
 ¿Qué es esto? ¿ha querido hacer algún fatricidio horrendo, y vienes buyendo de él?

Doña Ana.

¿Yo billete? no os entiendo.

Don Cosme.

Predicarla es menester, *ap.*
 porque á salir de su casa no se me atreva otra vez; yo la pondré como nueva.

Venga acá, doña Ana, ¿es bien, que una muger como ella, que aspira á ser mi muger, se venga en cas de los hombres solteros? En buena fe,

que el proceder de este modo no es modo de proceder.

¿Qué dijéran mis abuelos, si una uera que busqué para ellos callejara?

Vinieran (en gloria estén) mas de cuatro mil Mendiets á echarse á los pies del Rey.

Antes de enyugarme el cuello con la estola, he menester leerla yo la cartilla del vizcaino A, be, ce, que al enhornar tiene el riesgo este pan de la muger.

Doña Ana.

No me faltaba ahora mas, *sup ap.*
 que este necio tras haber errado toda la accion,

pero ya doña Isabel
se habrá escapado; yo quiero
irme de aquí.

Don Cosme.

¿Cómo? ¿qué
os vais? Aun no se ha acabado
la cartilla, detened.

Priméramente.....

Doña Ana.

¿Qué es esto?
¿estais en vos? ¿no sabeis
con quién hablais; ó lo necio
mezclais con lo descortés?

Don Cosme.

Oigan, y cómo me trata;
¿qué mas pudierais hacer,
si á mi me hubierais hallado
en cas de alguna muger?

Doña Ana.

Apartad.

Don Cosme

Yo seré breve.

Doña Ana.

¡Hay tal necio!

Don Cosme.

Eso que haceis
es el diablo, que no os deja
oir lo que os está bien.

Doña Ana.

Mirad que se va acercando
la noche, y yo he de volver
á mi casa antes que pueda
mi hermano.....

ESCENA XVI.

*Dichos y Juana.**Juana.*

Señora.

Don Cosme.

¿Quién?

Juana.

Presto, que viene don Luis
y tan cerca, que no es
posible salir sin vernos.

Doña Ana.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?

Juana.

Escondámonos aprisa
aquí dentro.

Doña Ana.

Dices bien:

entra presto.

ESCENA XVII.

*Dichos menos Juana.**Don Cosme.*

¿Cómo es esto?

Vos no os habeis de esconder.

Doña Ana.

¿Por qué?

Don Cosme.

Porque no es decencia.

Doña Ana.

Reparad....

Don Cosme.

No lo intentéis:

yo no me escondo en mi vida,
y mi dama no ha de hacer
lo que yo no hiciera.

Doña Ana.

Juana.

Don Cosme.

No hay Juana aquí.

Doña Ana.

Mirad, que es...

Don Cosme.

Sea quien fuere.

Doña Ana

Apartad.

Don Cosme.

Voto á Dios, que no ha de ser. (1)

ESCENA XVIII.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

No puedo hallar á don Diego,
para ver si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi cuarto á ver
si por llevar al convento
á esta dama..... ¿Mas quién es?
¿Don Cosme aquí? peor es esto;
y aquella es doña Isabel
su hermana: ¡rara desdicha!
¿Don Cosme, tened, qué haceis?

Don Cosme.

Ahí estaba, no dejando
que se esconda esta muger.

(1) *Tápase doña Ana.*

Don Luis.
 ¿Pues cómo, cuando en mi casa
 está una tapada?

Don Cosme.

Y bien;
 ¿si soy yo á quien ella busca,
 qué viene á importar que esté
 en vuestra casa?

Doña Ana.

Otro riesgo *ap.*
 es este: ¡raro tropel
 de pesares!

Don Luis.

Segun esto, *ap.*
 no la ha conocido.

Don Cosme.

Fué
 preciso el entrarse aquí
 huyendo cierto vayven
 de su fortuna, mas yo
 estoy enojado, haced
 las amistades; llegad,
 como que no lo sabeis,
 y decidla, que yo tengo
 razon, y que ahora es bien
 que quiebre por ella: andad,
 que yo aparte esperaré
 algo ceñudo.

Don Luis.

Con esto *ap.*
 (bien se dispone) sabré
 de doña Isabel el modo
 que aquí podremos tener
 de deslumbrar á su hermano.

Don Cosme, yo llegaré ()

á hablarla, y á persuadirla,
pues vos así lo quereis.

Don Cosme.

Sois mi amigo, andad aprisa,
y reñídmela muy bien.

Doña Ana.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Don Luis.

¿Hermosa doña Isabel? *Llega.*

Doña Ana.

El no le ha dicho quien soy; *ap.*
mucho ha sido: callo pues.

Don Luis.

Siento infinito, señora,
los pesares en que os veis;
pero ya que han sucedido,
es preciso disponer
el que salgais de este aprieto.

Doña Ana.

Solo falta que ahora él *ap.*
se me ponga á requebrar
por la otra.

Don Luis.

Estrañareis
que yo os hable en el empeño
de don Diego, cuando fué
primero el mio, mas ya
que soy su amigo sabéis
y que mi decente amor
al suyo debió ceder
por haceros mas dichosa:
mas no es tiempo de esto, ved,
supuesto que no os conocí
vuestro hermano, qué podré
decirle para que os deje.

¿Callais? ¿no me respondéis?

¿qué es esto?

Doña Ana.

A solos mis zelos
ha estado este caso bien.

ap.

Don Cosme.

¿Se hace fuerte? pues, don Luis,
dejadla: si su merced
no quiere desenojarse
santas pascuas.

Don Luis.

Mejor es
irnos, y que la porfia
no pase á grosería.

Don Cosme.

¿Qué?

primero me ha de pedir
perdon. ¿No la conoceis?
pues es la misma doña Ana.

Don Luis.

¿Quién decís?

Don Cosme.

Doña Ana.

Don Luis.

¿Quién?

Don Cosme.

¿Pues á quién quereis que os diga?
Doña Ana: ¿no lo creis?

Don Luis.

No lo creo.

Don Cosme.

Pues, don Luis,
por Dios, que la habeis de ver,
y que la he de descubrir,
aunque me pierda.

Don Luis.

Tened.

Don Cosme.

Apartad.

Doña Ana.

¡Notable empeño! *ap.*

Don Cosme.

Estó ha de ser.

Don Luis.

No ha de ser.

ESCENA XIX.

Dichos y Juana.

Juana.

Señora , tu hermano.

Doña Ana.

¡Ay triste!

Don Luis.

¿Quién dices?

Juana.

¿Quién ha de ser?

Don Diego , que yo le he visto desde ese balcon.

Don Cosme.

¿Lo veis?

¿ es doña Ana , ó no es doña Ana?

Don Luis.

¿ Es esto encanto ? ella es :

¡ Hay mas desengaños , cielos !

Don Cosme.

Destápola sin querer

la criada.

Doña Ana.

¡ Yo estoy muerta !

Señor don Luis , ya me veis

perdida , y el cielo sabe *Descubrese.*
 si fuisteis vos , pero haced
 lo que vuestra obligacion
 debe á una infeliz muger ,
 que por apurar sus zelos...
 pero él llega : Juana , ven. *Vanse.*

Don Cosme.

Aquí es ello : ¿ qué os decia ?

Don Luis.

Dejadme , que no lo sé.
 Solo me faltaba ahora , *ap.*
 que cargo me quiera hacer
 de que por mi se ha perdido.
 ¡ Ah muger ! en fin muger.

ESCENA XX.

Don Cosme , don Luis , don Diego y Martin.

Don Diego.

¿ Aquí dijo que vendria
 tu amo á buscarme ?

Martin.

Si,

pero ya tarda.

Don Diego.

Yo fui
 á Leganitos , y el dia
 he perdido sin hallar
 á nadie : ¿ mas no es aquel
 don Luis , y está con él
 don Cosme ?

Don Cosme.

Hame de entregar
 á mi hermana , ó he de hacer
 represalia de la suya.

Don Diego.

Mas vale que se concluya
de una vez ; esto ha de ser.
Martin , aguarda allá fuera.

ESCENA XXI.

Dichos menos Martin.

Don Cosme.

Don Luis , no me detengais.

Don Luis.

Mirad lo que aventurais.

Don Cosme.

El caerá en la ratonera :
el caso de la honra mia
en un quidam le pondré ;
oid , vereis como sé
hablar por alegoría.

Llega.

Don Diego , el ingenio humano
solo preguntando gana.

Un hombre tenia una hermana ,
y esta tal tenia un hermano ;
la hermana se enamoró
de otro hermano , que tenia
otra hermana , y cierto dia
con este las afufó.

La hermana del robador
robó el robado despues :
decidnos ahora pues ,
¿ cómo quedaron mejor
(para que esto se concluya ,
sin tomar uno por otro)
cada uno con la del otro ,
ó cada uno con la suya ?

Don Diego.

Don Cosme, esas digresiones
para otra ocasion dejemos,
las palabras olvidemos,
y vamos á las razones.
Juntos á los dos he hallado,
y juntos hablaros quiero
en mi cuidado, primero
que haga enojo del cuidado.
Vuestra hermana es ya mi esposa;
el modo se pudo errar,
mas no la accion, ni dejar
de ser vuestra queja ociosa.
Esto supuesto, y que yo
no he de presumir ahora,
que el señor don Luis ignora
lo que su criado vió;
quiero, que aquí nos digáis,
¿ si fué vuestra aquella escala
que hallé en mi casa?

Don Cosme.

No es mala *ap.*
la pregunta. ¿ Eso dudais?

Don Diego.

¿ Qué intentó vuestra osadía,
escalando una ventana?

Don Cosme.

Hermanar con vuestra hermana,
como hicisteis con la mia.

Don Diego.

De ese estilo que gastais,
no es facil el enmendaros;
y así dejo de acordaros
con quién, y de quién hablais.

Don Cosme.

Pues vaya de informaciones.

Don Diego.

¿Quién os ayudó á poner
la escala?

Don Cosme.

¿Quién pudo ser?
Amor, criada y doblones.

Don Diego.

¿Súpolo mi hermana?

Don Cosme.

Bien.

Don Diego.

¿Qué decís?

Don Cosme

Dejadme estar.

Don Diego.

Hablad.

Don Cosme.

Ya es mucho apurar.

Don Diego.

Esto he de saber tambien.

Don Cosme.

Usted, ni aun en duda acierta;

¿si lo supiera su hermana,

fuera yo por la ventana

á la que manda en la puerta?

Antes, como ella es tan fiera,

me pasó una cosa brava,

que iba yo á verla, y entraba

temblando de que me viera.

Don Diego.

Pues, don Luis, aunque yo estaba

seguro de esta verdad,

y bastaba estarlo yo,

he querido que lo oigais
de la boca de don Cosme.

Don Luis.

Yo, amigo, puedo dudar,
que si vuestro honor...

Don Diego.

No es eso
lo que os propongo, escuchad.
Yo soy vuestro amigo, y antes
de hablaros en lo que es ya
preciso, y en lo que vos
me quereis tambien hablar;
he querido hacer decente
lo que os digo, y que veais
en lo que atiende la mia,
lo que erró vuestra amistad.
Mi hermana, señor don Luis,
(vos lo sabeis, claro está)
os aventaja en la hacienda,
y os iguala en lo demas,
vuestra esposa ha de ser hoy;
y siento mucho que hayais
dispuesto, que suene á queja
esto que es felicidad.

Don Luis.

Don Diego..... ¡Válgame el cielo!
¡raro empeño! ¡estoy mortal!

Don Cosme.

Dejémosle responder, *ap.*
que los sordos nos oirán
despues.

Don Diego.

¿Qué me respondeis?

Don Luis.

No estrañeis.....

Don Diego.

¿No he de estrañar
que me respodais dudoso?
Cosas de esta calidad,
sin el acero en la mano,
no se empiezan á dudar. *Empuña.*
Vive Dios....

Don Luis.

Tened la espada,
que si una vez la sacáis,
aunque es preciso el oirme,
quedareis de oirme incapaz;
porque en sacando la espada,
vuestros oidos serán
de bronce, y será de acero
la lengua con que he de hablar.
Vuestra hermana está casada;
¿qué me proponéis?

Don Diego.

¿Qué está
casada? ¿con quién?

Don Cosme.

Conmigo,
y no será bien que hagais,
que sea en revés y en guerra,
lo que ha sido en haz y en paz.

Don Diego.

¿Qué es esto?

Don Luis.

Yo si, don Diego,
de vos me puedo quejar,
pues habiendo recibido
de mi mano poco ha
un papel, que vuestra hermana
escribió á don Cosme, hablais

en que puede ser mi esposa
quien favorece....

Don Diego.

Aguardad,
que me estoy templando yo,
y vos os precipitais:
veis aquí el papel, don Luis;
leedle, que él os dirá
si os podeis quejar de mí.

Don Luis.

¡Qué es esto, cielos!

Don Diego.

Tomad,
que yo, sobrado de atento,
quiero que en este pesar,
porqué el honor quede bien,
quede el sentimiento mal.

¿Es para vos el papel?

¿es de mi hermana? ¿os turbais?

¿es otro á quien favorece?

Don Cosme.

Dale que ha de porfiar:
ese papel yo le dí
al señor don Luis, por dar
otro en que desafiaba
á un amigo.

Don Luis.

¡Esto es verdad,
es sueño, ó es ilusion!
¿pues cómo pudo llegar
este papel á las manos
de don Cosme?

Don Diego.

¿Qué esperais?
entre hombres como nosotros,

yerros de esta calidad se enmiendan, no se disculpan.

Don Luis.

Don Diego, la ceguedad de un amor, que no es delito si es decente...

Don Diego.

Bien está esa disculpa, y no busco sino el remedio.

Don Luis.

Pues ya que en el caso de la escala no me queda que dudar, ni en el papel, y que es tiempo de verdades, preguntad á don Cosme, si yo mismo hallé con él poco ha á vuestra hermana.

Don Diego.

¿A mi hermana?

Don Cosme.

Dice la pura verdad; y eso es querer descasarme, y hermanas se han visto ya descasar por el Vicario, pero no por la hermandad.

Don Diego.

¿Pues dónde, ó cómo?

ESCENA XXII.

Dichos, doña Ana, doña Isabel, Inés y Juana.

Doña Ana.

Ya es fuerza,

doña Isabel, que volvais
por mi honor. Yo os lo diré,
que os he escuchado, y no es ya
tiempo de guardar la vida,
padeciendo lo que es mas.

ESCENA XXIII.

Dichos, Martin y Juancho.

Martin.

Juanchillo, el diablo anda suelto.

Juancho.

Todos estamos acá.

Martin.

¿ Si se ha mudado á esta casa
el Valle de Josafat ?

Don Diego.

¿ Doña Ana aquí ?

Don Luis.

Si, don Diego,
ved si os digo la verdad.

Don Cosme.

Señora hermana perdida,
bien parecida seais.

Doña Ana

Muy necio, señor don Luis...
Don Diego, dejame hablar
en defensa de mi honor,
que luego, hermano, podrá
satisfacerse tu enojo,
y si en mi le has de vengar,
donde está mi confusion,
tu áceró estará de mas.

Muy necio (digo) ó muy ciego,
señor don Luis, estais,

pues llegais á presumir,
 que yo habia de buscar
 á don Cosme en vuestro cuarto,
 y mas cuando en él está
 su hermana, y sabeis que yo
 lo sabia.

Doña Isabel.

Eso es errar

los principios, ó querer
 desconocer la verdad.

Doña Ana me vino á ver,
 y aun no acababa de entrar,
 cuando mi hermano llegó.

Doña Ana

Y si ese papel mirais
 los dos, veréis que á los dos
 con él quise embarazar
 por hacer esta visita;
 y tú, don Diego, hallarás,
 que mi yerro fue querer
 á un hombre, que tu amistad
 calificó, y tu alabanza
 hizo amable: en lo demas
 yo he de poner el dolor,
 y tú el remedio has de dar.

Don Luis.

¡Hay mas extraño suceso!
 ¿Mas cómo pudo llegar
 este papel á las manos
 de don Cosme?

Juana.

Eso será,
 que yo le perdí al llevarle,
 y callé por ocultar
 mi culpa.

Juancho.

Y que yo lo hallé,
y se le di, por ganar
las albricias, á mi amo.

Don Cosme.

Y que yo por otro tal
le troqué: mas las albricias,
si tan contentico estais,
yo os las pondré en vuestra cuenta.

Don Luis.

Aguardad, no prosigais,
que á todos nos ha tenido
necios vuestra necedad.

Martin.

Miren si un Bobo hace ciento,
como el loco del refran.

Don Diego.

Pues ved ahora, don Luis,
si os queda algo que dudar,
y si otro escrúpulo os queda,
solo os digo, que será
bien que con menos testigos
lo ajustemos.

Don Luis.

Aguardad,
que este duelo de los dos
ajustado quedará,
rindiendo yo á vuestra hermana
la mano y la libertad.

Doña Ana.

Aunque para castigaros
quisiera poder dejar
de ser vuestra, esta es mi mano. (1)

(1) *Dánse las manos don Luis y doña Ana.*

Don Diego.

Y la mía quedará
premiada con el favor *dáale la mano.*
de doña Isabel.

Don Cosme.

Tomad
si soy muy hobo, pues quedo
soltero, y hago casar
á los otros.

Martin.

Yo tambien
me quedo en mi libertad,
porque no me han satisfecho,
ni me han dejado acabar
un soliloquio.

Todos.

Y con esto
la comedia aquí fin dá:
decid que un Bobo hace ciento;
sus defectos perdonad.

Un Bobo hace ciento.

Yo confieso , que es extraño
 majadero el tal don Cosme ,
 y que es recien trasplantado
 Vizcaino ; hombre en efecto
 de los del duelo en la mano ,
 y la razon en el pie ;
 muy señor de mayorazgo ,
 y que trae lo presumido
 junto á lo desconfiado.

Así describe Martin en estos versos de la escena I. del primer acto el carácter del protagonista, que con sus impertinencias é indiscrecciones, embrolla á los demas personajes y forma la intriga de la pieza. En efecto, desde que don Luis sospecha por la declaracion de don Cosme en la escena III, que es el amante de doña Ana, el interés de la comedia crece gradualmente hasta su fin manifestando el poeta un ingenio poco comun en las situaciones en que coloca sus personajes. Todas las escenas y particularmente en las que habla don Cosme, se manifiesta el talento del autor. Entre estas hay algunas bellísimas: tal es la III del segundo acto en que don Cosme determina escalar el balcon de doña Ana, habiendo sobornado á su criada. Esta escena produce despues la XIV del mismo acto que es muy interesante y muy teatral: finalmente el trüeque del papel del desafio, por el cual dió á don Luis, y este á don Diego, el que se le perdió á Juana, descubre los amores de su ama con don Luis, y prepara el desenlace que es natural y verosimil. El plan y el modo de conducirle acreditan el ingenio del autor: no

hay ningún personage demas en esta pieza ; y los caracteres son variados y están bien desenvueltos.

El de don Cosme parece una imitacion del Lindo don Diego de don Agustin Moreto y Cabaña. En la comedia de este autor se pinta un fátuo persuadido de que con los adornos de su traje y la gallardía de su presencia, cautiva todas las mugeres : en la de Solís tambien adolece el protagonista del mismo achaque. Así lo manifiesta en la escena X del acto segundo.

Don Cosme.

Juanchillo,

¿ qué es eso ?

Juancho.

Que en el zaguan

se nos habian metido
dos mugeres.

Don Cosme.

¿ De qué porte ?

Juancho.

De seda eran los vestidos ;
pero serian su porte
medio real.

Don Cosme.

¡ Qué Vizcaino

te estás ! serian quejosas ,
que me rondan por esquivo :

.

No me admiro ;

soy de codiciar , y hay muchas ,
que honrarse quieren conmigo ,
y con la sangre Mendieta , &c.

El Lindo don Diego cree que sus dos primas le adoran perdidamente , y don Cosme juzga lo mismo



de doña Ana, aunque no le ha dado la menor prueba de cariño y estimacion. Sin embargo, el objeto que se propuso Solís, según se infiere del título de esta comedia, no fue el pintar en don Cosme la fatuidad y el orgullo como se propuso Moreto en el Lindo don Diego, sino probar que un necio puede con sus acciones y discursos trastornar el juicio de las personas que le rodean. Considerada su obra bajo este aspecto, tiene un mérito particular; pero comparado el caracter de don Cosme con el del Lindo don Diego, se queda muy inferior. Moreto dotado de mucho talento y fuerza cómica, presentó un modelo que es casi imposible mejorar; y no solo en esta parte es superior á Solís, sino tambien en las gracias del estilo que en este último se fundan generalmente en equívocos y sutilezas propias del gusto dominante de su tiempo.

El language de Solís es correcto y urbano, y la versificación fácil y harmoniosa. Así por estas prendas como por el ingenio que manifiesta, es digno de la estimacion de nuestros lectores.

El Lindo don Diego cree que sus dos primas le
 agorran verdaderamente, y don Cosme jura lo mismo

PERSONAS.

Don García.

Don Juan.

Don Diego.

Don Andrés.

EL AMOR

AL USO.

Don Juan.

Don Andrés.

Don Juan.

La escena es en Madrid.



PERSONAS.

Don Gaspar.

Don García.

Don Diego.

Don Mendo , viejo.

Ortuño , gracioso.

Martin , criado.

Doña Clara.

Doña Isabel.

Juana , criada.

Inés , criada.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACIÓN DE CALLE.

Don Gaspar y Ortuño por una parte , y don Diego y Martin por otra.

Don Diego.

¿ Viste á doña Clara bella ?

Don Gaspar.

¿ Viste á doña Clara ? dí.

Martin.

Digo , señor , que la ví.

Ortuño.

Digo que estuve con ella.

Don Diego.

¿ Cómo admítio mi cuidado ?

Don Gaspar.

¿ Fué mi cuidado admitido ?

Martin.

Quiérete de lo perdido.

Ortuño.

Quiérete de lo apretado.

Don Diego.

Vive en mi pecho adorada
su hermosura.

Don Gaspar.

A lo que entiendo
de tres que hoy estoy queriendo
es la menos engañada.

Don Diego.

¿Y á mi papel respondió?

Don Gaspar.

¿Y respondió á mi papel?

Martin.

Esta es la respuesta de él.

Ortuño

Esta respuesta me dió. (1)

Don Gaspar.

Que pagase la escribí,
el amor que la tenía.

Don Diego.

No creo la dicha mia;
dice así, pues.

Don Gaspar.

Dice así. (2)

Don Gaspar leyendo.

Señor don Gaspar, decidme,
de que oos seais mi amante,
¿qué culpa he tenido yo,
que, queréis que yo os lo pague?
¿paga queréis? ciertamente
que yo soy tan ignorante,
que juzgué que merecía
que me quisiesen de oalde;
pero ya que ha de haber paga,
poned el precio tratable,
que muy caro y muy amado
lo dijeron nuestros padres.
Decidme en lo que estimáis
uestros suspiros constantes,
aunque en lo poco que cuestan,

(1) *Dá un papel cada uno á su amo.*

(2) *Lee don Diego, mientras lee don Gaspar.*

Se vé lo poco que valen.
 para amante de palacio
 era buenese corage,
 donde han de esperar un siglo
 sin esperar un instante.
 Templad la cólera, pues,
 para el papel de adelante,
 si no queréis encontrar
 mas aprisa el Dios os guarde

Don Diego.

¡Hay muger tan desigual!
 nunca tal donayre ví;
 ¿pero aquel que viene allí
 no es don Gaspar? ¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Siempre que os veo
 deseo llegar á hablaros,
 y en cuantos pueden trataros
 es este comun deseo;
 porque el gusto con que hablais,
 el garvo con que sentís,
 lo sutil que discurris,
 y lo bizarro que obrais,
 os han hecho merecer
 de gran cortesano el nombre.

Don Gaspar.

Vos me haceis merced. Este hombre *ap.*
 ó es necio, ó me ha menester.

Don Diego.

Yo he menester, don Gaspar...

Don Gaspar.

Miren si lo dije. *ap.*

Don Diego.

Que hoy,
de un raro empeño en que estoy,
me venga á desempeñar
vustro ingenio.

Don Gaspar.

Bien podeis
seguramente mandarme.

Don Diego.

Volveis de nuevo á empeñarme
con la merced que me haceis;
Sabad, pues, que á cierta dama,
que ardor procurado ha sido,
porque mi pecho encendido
arde en invisible llama,
escribí ayer un papel,
pidiendo de mi cuidado
el premio, y ese criado
me trae la respuesta de él;
son versos, yo entiendo de esto,
lo que sabeis, don Gaspar,
pues nunca supe pasar
lo ignorante por modesto;
y así he menester que vos
á este papel respondais.

Don Gaspar.

Haré lo que me mandais.

Don Diego.

Yo os buscaré.

Don Gaspar.

A Dios.

Don Diego.

A Dios;

ESCENA II.

*Don Gaspar y Ortuño.**Ortuño.*

¡Qué escuches este veleta ,
 y le ofrezcas responder !
 ¡versos para otro has de hacer ,
 que es peor que ser poeta !
 Escriba á su dama , en fin ,
 cuáquiera que de ella alcance ,
 que por ver un buen romance
 sabrá hacer un mal latin :
 ¿mas con agena muger
 gastar propia discrecion ?
 ¿yo he de poner la razon ,
 y el otro la ha de tener ?
 ¿No es bobería de prueba
 y de las bien acabadas ,
 el que tú la persuadas
 para que el otro la mueva ?

Don Gaspar.

Dices bien , mas si don Diego
 hermano de Isabel es ,
 que es la una de las tres
 que hoy estoy queriendo ciego ;
 y si tiene tal fortuna ,
 que pared en medio posa
 de mi doña Clara hermosa ,
 que es tambien de tres la una ,
 considera si es en vano ,
 que yo quiera complacer
 á un hombre que he menester
 por vecino , y por hermano .

Ortuño.

Eso sí, no se dé paso
sin intencion, que si ves
boba la fortuna, es
porque lo hace todo acaso.

Don Gaspar.

No has dicho mal.

Ortuño.

¿Por ventura,
aunque tú eres tan famoso
en esto de lo gracioso,
no sabes que eres mi hechura?

Don Gaspar.

Veamos lo que dice aquí
esta dama; que quizá
para hacer reir será
mejor que tú: dice así.

*Señor don Diego, decidme,
de que vos seais mi amante,
¿qué culpa he tenido yo,
que, quereis que yo os lo pague?
¿paga quereis? ciertamente
que yo soy tan ignorante...*

¿Qué esto?

Ortuño.

Aguarda, ¿no es eso
lo que leiste denantes?

Don Gaspar.

Lo mismo, y de doña Clara
la letra: ¡hay mas raro lance!

Ortuño.

¿Qué dices?

Don Gaspar.

Lo que has oído.

es lo cierto.

Ortuño.

Luego hace á dos luces, ¿y te viene á tí *mutatis mutandis*?

Don Gaspar.

¡Estraño suceso ha sido!

Ortuño.

Déjame, sin enojarte,
soltar una carcajada,
que me estorba en el gazañete.

Don Gaspar.

A mí, ríete, por cierto,
que yo propongo ayudarte:

Ortuño.

Ven acá, ¿para qué finges
que no sientes los pesares;
si entre aquel esfuerzo mismo
con que escondes el corage,
se reconoce que son
los zelos rabiosos canes,
que te están mordiendo el pecho,
y te halagan el semblante?

Don Gaspar.

Mira: verdad es que ha sido
esta causa muy bastante
para que cualquiera bobo
dijera sus pocos de ayes;
¿pero tú no me conoces,
no sabes mi humor, no sabes
que me quiero, que me adoro
y no gusto de matarme?
¿Yo he de sentir á mis solas
de amor los necios achaques?

la hermosura, solo es buena
 para cuando está delante:
 fuera de que este papel
 no tiene considerable
 favor, y esta dama mezcla
 lo honrado con lo galante,
 y es en ella lo esparcido
 seña de lo incontrastable.

Ortuño.

Lo que yo sé es, que la Clara
 es clara, y habla en romance;
 y si hé de decir verdad,
 viendo el papel en dos partes,
 la quisiera preguntar,
 á cuantos traslados hace.

Don Gaspar.

Escriba á los que quisiere,
 esto pudiera enfadarme,
 si yo no tuviera otra
 dama que me despeñase.
 ¿Por qué piensas que no puede
 ser de sola una amante
 un hombre? porque en riñendo
 no hay que hacer y se deshace.
 Nunca ha de haber un cuidado
 solo, que pueda ensancharse
 sin estorbo, mejor es
 que con otro se embarace,
 que un cuidado ha muerto ó muchos,
 y muchos no han muerto á nadie:
 porque es cierto, aunque los muchos
 la imaginacion barajen,
 que no hacen una mortal
 muchas culpas venfales.
 Yo, por lo menos, Ortuño,

si tengo de hablar verdades,
cuando en una parte estoy
rendido, y me dan pesares,
voyme á otra parte; que á mí
el amor mas penetrante,
solamente de esta suerte
me pasa de parte á parte.

Ortuño.

¿Sabes lo qué digo?

Don Gaspar.

¿Qué?

Ortuño.

Que sin duda, de eso nace
el decirse en Madrid, que eres
persona de muchas partes;
pero gracioso has estado,
no sé te niegue, que sabes
el chiste, y yo por lo menos
me entretengo de escucharte.

Don Gaspar.

¿Bufon, piérdeme el respeto?

Ortuño.

Deja lo amo á una parte,
que preciarse de muy amo
solo á un vizconde le tañe,
y vamos al caso; al fin,
¿con quién has de despicarte?

Don Gaspar.

Con Isabel.

Ortuño.

Harás bien,
que por cierto que es un angel,
y hará lo mismo que estotra,
cuando tú menos te cates.

Don Gaspar.
 Isabel es muy atenta,
 y no vive de pesares
 como estotra, solo tiene
 una tacha muy notable.

Ortuño.
 ¿Cuál es?

Don Gaspar.
 Que me quiere mucho.

Ortuño.
 ¿Y esa es tacha?

Don Gaspar.
 De las grandes;
 mira, yo no aconsejara,
 aquí que no nos oye nadie,
 que tuviera satisfecho
 ninguna dama á su amante;
 que en banquetes y en amores,
 en mugeres y en manjares,
 no hay desde estar satisfecho
 á estar harto, dos instantes.

ESCENA III.

Dichos, don Garcia y un criado.

Don Garcia.
 Vé, Fábio, á lo que te digo,
 y si á don Gaspar hallares,
 dile, que en anocheciendo,
 en la Vitoria me aguarde.

Criado.
 Yo voy; ¿pero no es aquel
 don Gaspar?

Don Garcia.
 Dicha fué hallarle:

vé á lo demas. ¿ Don Gaspar? (1)

Don Gaspar.

Don García, Dios os guarde.

Don García.

Rato ha que os ando á buscar.

Don Gaspar.

¿ Pues qué teneis que mandarme?

Don García.

Todo el pecho he de fiaros ;

mi amigo sois, escuchadme.

Bien sabeis que ha pocos dias,

que despues de varios lances

de mi fortuna, volvi

á Madrid, porque mis padres,

por algunas conveniencias,

trataron de desposarme

con una dama, á quien yo,

aunque es su belleza grande,

no me inclino. Debame

doña Clara, el que yo calle

su nombre, cuando confieso,

que no gusto de casarme.

Tambien os dije, que yo,

de otra hermosura era amante,

tan rara, como imposible.

Don Gaspar.

Fueron palabras formales,

por señas, que yo intenté

saber la dama, y mudasteis

plática, desaliñando

todas mis curiosidades.

Don García.

Pues, ya, amigo don Gaspar,

está el caso de tal arte,
que es fuerza que le sepais.

Don Gaspar.

Estaba por no escucharle;
pero decid.

Don Garcia.

Pues sabed,
que la que adoro constante,
y por quien hoy no me caso,
es doña Isabel de Chaves.

Don Gaspar.

¿Doña Isabel?

Ortuño.

Bueno es esto, *ap.*
guerra, otra dama le sale.

Don Garcia.

¿Pues qué os admirais?

Don Gaspar.

Me admiro
de ver lo que ponderasteis
lo imposible.

Don Garcia.

¿No sabeis,
que el que me obligó á ausentarme
de esta corte, fué don Diego
su hermano, por los pesares
antiguos, y que aun entonces
se dieron medios bastantes
para el pundonor? No sé
si los admitió el corage.

Don Gaspar.

Bien sé que sois enemigos,
y el don Diego no ha un instante
que estuvo conmigo aquí,
pero á las dificultades

no las llameis imposibles.

Don Garcia.

Para el amor todo es facil.

Sabed, pues, que aquesta noche
entró en su casa algo tarde,

y como no es bizarría
esponerme á algun desaire,

por no despreciar el riesgo
de vos quiero acompañarme.

Valíme de una criada, *op.*
mas no quiero confesarle,

que es mi amor tan despreciado
que de estos medios se vale.

¿Qué me decís?

Don Gaspar.

Que os iré
sirviendo.

Don Garcia.
Pues al instante

que anochezca os buscaré.

Don Gaspar.
En casa estoy.

Don Garcia.
Dios os guarde.

ESCENA IV.

Dichos menos don Garcia.

Orturo.
Oye ucé, señor, ¿no es esta
la dama quita pesares?

¿No es la atenta? ¿no es la fina?
por vida de quien se harte,

pues estaba satisfecho,
y han pasado dos instantes,

comerá.

Don Gaspar.

Ya empezarás
á decir mil disparates.

Ortuño.

Dí ahora que no lo sientes:

Don Gaspar.

¿Qué he de sentir, ignorante?

Ortuño.

Que en las heridas de amor
te están echando vinagrè.

Don Gaspar.

Ortuño, á menos mugeres,
mas ganancia.

Ortuño.

Esos refranes
son de viejos, que no pueden,
y echan la culpa al que saben.
Y bien, ¿qué piensas hacer?
en efecto, ¿ha de quedarse
de este modo?

Don Gaspar.

Que con ellas
verásme ciego; verásme
interrumpida la accion,
y las voces desiguales,
quejarme sin sentir mas
que la gana de quejarme;
y en tanto que esto se logra,
porque no entren los pesares
á tomar mas posesion,
irme otro rato á otra parte.

Ortuño.

Plegue á Dios que á camas tres,
no haya enfermo.

Don Gaspar.

En esta calle
ha de vivir.

Ortuño.

¿ Quien es esta
que quieres sin darme parte?

Don Gaspar.

Ha, pocos dias, Ortuño,
que la hablé, bajando al Parque,
y la vine acompañando:
es pícara de buen arte,
poco porte, buen despejo,
bien prendida, no mal talle,
y es mejor el hacer hora,
que es cosa muy importante.

Ortuño.

Tienes en eso buen gusto;
pero ahora no la hables.

Don Gaspar.

¿ Por qué?

Ortuño.

Porque está ocupada,
yo lo sé.

Don Gaspar.

¿ De qué lo sabes?

Ortuño.

De que á tí te dice mal,
y no importará mudarte:
pide tahir otra suerte,
y no pidas otro naípe.

Don Gaspar.

Ya á la casa hemos llegado:
entra, pues, en ella, y sabe
si puedo entrar.

Ortuño.

¿Cuál de aquestas
es la casa?

Don Gaspar.

Aquella grande.

Ortuño.

¿Y en qué cuarto?

Don Gaspar.

En el postrero,
que cae hácia esotra calle.

Ortuño.

Ven acá; ¿y cómo se llama?

Don Gaspar.

Doña Juana.

Ortuño.

¿Juana? tate

¿no es una moza trigueña,
que tiene los ojos grandes,
y canta un poco?

Don Gaspar.

La misma.

Ortuño.

Pues usted pase adelante.

Don Gaspar.

Anda, loco.

Ortuño.

Vive Cristo,
que si en tí no he de vengarme,
porque no es facil, señor,
en ella sí, porque es facil.

Don Gaspar.

¿Pues quién es esta?

Ortuño.

Mi moza.

Don Gaspar.

¿Qué dices?

Ortuño.

Lo que escuchaste.

Don Gaspar.

Pues esto; ¿qué importa?

Ortuño.

¿Cómo?

no hagamos de esto donaire,

que aunque es tuyo mi respeto,

mi respeto no es de nadie;

fuera de que esta mañana

ha salido á acomodarse

con una ama que ha buscado:

con que yo no puedo darle

el plato de Talavera,

sino de medio mogate:

no me ha avisado la casa,

aunque quedó en avisarme;

y así, ni aun yo sabré de ella:

no hay sino echar otro lance,

pues eres tan infeliz,

que ni aun á las tres hallaste

la vencida.

Don Gaspar.

Y eso llamas

ser infeliz, ignorante?

Solo es dichoso en mugeres

aquel de quien caso no hacen.

Ortuño.

Bien te consuelas.

Don Gaspar.

No es eso,

sino apurar las verdades.

Decia un hombre cortesano,

que el llamar en cualquier lance
 á la casa de la dama,
 no es accion que puede errarse,
 porque hace lo que yo quiero,
 si acaso la puerta me abre,
 y sino me abre la puerta,
 lo que me conviene hace.

Ortuño.

¿Sabes, señor, lo que digo?
 la Clara escribe á otro amante,
 la Isabel habla de noche,
 y Juana es mía, pues date
 á otro oficio, porque aqueste
 tiene muchos oficiales.

Don Gaspar.

Ven, Ortuño, que verás
 rendidas las voluntades
 de la Clara, la Isabel
 y la Juana, á pocos lances,
 con solo que yo recete
 á la Clara unos pesares,
 á la Isabel unos zelos,
 y á la Juana unos reales.

Ortuño.

Anda, que si esta mañana
 con tres damas madrugaste,
 tres te faltan para tres,
 y aun no ha llegado la tarde.

ESCENA V.

DECORACION DE CAMPO.

Doña Isabel é Inés con mantos, y don Garcia.

Don Garcia.

Bella Isabel, dueño mio.

Doña Isabel.

Yo no he de pasar de aquí,
si no os quedais.

Don Garcia.

No es en mí
el seguiros, alvedrío,
en vuestro propio desvío
está la dulce violencia,
que arrastra mi resistencia
con oculta mano; pues
vuestro el imperio es,
¿cómo estrañais mi obediencia?
Errando mis pasos van,
pero errando con disculpa,
que el yerro no tiene culpa
del impulso del imán.
Airados, señora, están
conmigo esos ojos bellos,
¿mas quién podrá obedecellos,
si hasta llegar á mirarlos,
causan hechizo en amarlos,
con la lisonja de vellos?
Salir de ese coche os ví,
dando tan nuevos verdores
á este campo, que en sus flores
presuma que os conocí:
sin eleccion os seguí,

si juzgais que hubo eleccion
 en tan voluntaria accion,
 obra fue de esa beldad,
 el parecer voluntad
 lo que ha sido sujecion.

Doña Isabel.

Dejad, señor don Garcia,
 tan mal fundada fineza,
 que deslucís la firmeza,
 con visos de la porfia.
 Público este sitio es,
 y á costa de mi opinion,
 no es bien que vuestra aficion
 solicite su interés;
 que el vulgo siempre se inclina
 á juzgar con cierta fe,
 y le parece que vé
 aun aquello que imagina;
 y así, la que ha de cuidar
 de sí, en nada ha de esceder,
 supuesto que está el creer
 tan cerca del sospechar:
 demas, que si estais tratado
 de casar con doña Clara,
 cuya belleza es tan rara
 como lo habeis ponderado,
 no os admireis de que esté
 hoy mi rigor tan extraño,
 ni busqueis mas desengaño,
 que saber que yo lo sé.

Don Garcia.

Señora, pues lo sabeis,
 sabed que aunque se trató,
 lo estoy resistiendo yo
 por vuestro amor.

Doña Isabel.

Mal haceis,
que todo lo habreis perdido.

Don Garcia.

Mas quiero vuestro rigor,
señora, que su favor;
demas que ella no ha admitido
la plática.

Doña Isabel.

A Dios pluguiera, *ap.*
que no me hiciera el pesar
de admitir á don Gaspar,
y á todo el mundo admitiera.
Dejad, pues, de acompañarme,
que esa dama no es mi amiga,
y no quiero que se diga,
que os admito por vengarme.

Don Garcia.

Señora, si yo perdí
la libertad.

Doña Isabel.

Que os quedeis
os suplico.

Don Garcia.

Mal podreis.

Doña Isabel.

Yo no he de pasar de aquí
si no os quedais, don Garcia.

Don Garcia.

Mis afectos estorbais.

Doña Isabel.

Haciendo un pesar me estais,
que ya toca en grosería.

ESCENA VI.

Dichos , doña Clara y Juana.

Doña Clara.

Bueno está el campo.

Juana.

Los días

de sol está muy ameno ,
de humanos árboles , siempre
Leganitos.

Doña Clara.

Dame luego

esos papeles , si acaso *dáselos;*
yo no me acordáre de ellos ,
que por no perder el campo ,
no me detuve á leerlos.

Juana.

¿ Tanto cuidado , señora ,
te deben sus pobres dueños ;
que han menester mi memoria
para hablar tu pensamiento ?

Doña Clara.

Como ha poco que me sirves ,
se te hará intratable y nuevo
el modo con que yo trato
este animal imperfecto
del hombre , cuyos engaños ,
dobleces , y fingimientos ,
estoy por decir que son
aun mayores que los nuestros ;
¿ mas no es aquel don Garcia ?

Juana.

¿ Es alguno de los dueños
de estos papeles ?

Doña Clara.

No, Juana;
pero es otro, á quien mis deudos
tratan de casar conmigo;
y ella es Isabel: ¡qué bueno!
tambien las atentas hablan.

Don García.

Allí á doña Clara veo,
pesàrame si me ha visto.

Doña Isabel.

(1) Otrá vez á decir vuelvo,
que no he de pasar de aquí,
don García.

Don García.

Ya me quedo.

Doña Isabel.

Quedaos, pues; Mas doña Clara *ap.*
no es esta? aunque se ha encubierto,
la he conocido: sin duda,
que me obedeciò por eso
tan apriesa don García;
pues no le valdrá.

Don García.

Aunque pierdo
la fortuna de seguiros,
logré la de obedeceros.

Doña Isabel.

Hame obligado de suerte
veros tan cortés y atento,
que os permito que conmigo
vengais hasta el coche.

Don García.

Aquesto

es peor. (1)